

Lo de entonces

Hacía mucho que los tiempos de pesadumbre habían terminado. Hoy han vuelto. Nunca podremos saber el momento preciso en que llega la desolación, y por lo mismo, nunca sabemos el momento exacto del fin.

Me han llegado los recuerdos más inverosímiles que, cansados de la marginación, aparecen una y otra vez no sólo en el sueño sino también en la vigilia. El cuerpo se impregna de olores reunidos en alguna ciudad visitada hace tiempo. Nada es novedoso y sin embargo, todo parece la primera vez. En el entusiasmo –si lo puede haber– de estas horas, voy construyendo una embarcación destinada a zarpar rumbo al horizonte más desconocido del mar.

Las voces de la calle apenas me llegan. La lluvia rememora entusiasmos y tristezas. Cierro los ojos: una oscuridad sorprendida por chispas amarillas y azules asemeja la noche invadida de astros cuando vimos el río desde el malecón. Isabel llevaba un vestido gris y en sus ojos la celebración de nuestros cuerpos. Su voz era escuchada por un hombre tutelado en la despreocupación, y distante a la de la última vez que hablamos.

Los amores llegan y se quedan para siempre, aunque no como quisiéramos, enteros e intactos. Un proceso de desteñimiento los trabaja hasta dejar apenas un poco de compasión, que es lo que finalmente guardamos, en el mejor de los casos, con desconsuelo. Entonces nos damos cuenta: los amores son endebles, terminan. Los odios permanecen.

Me pregunto hasta dónde ha llegado mi amor y la respuesta es vaga: *hasta donde no me he dado cuenta*. Por eso esta mañana, cuando desperté en este hotel de Estambul, entre sábanas azules, el espejo, las aspas del ventilador girando lentamente, y la lluvia, con su voz de regateo humedeciendo las entrañas, comenzó para mí el momento de la verdad y los prolegómenos de la partida.

Todos los años mi padre nos llevaba al mar. Era un mar que me lastimaba. La espalda como una llama inclemente me ardía por las noches, aunque al amanecer volviera a correr por la playa con el torso desnudo. Desde ahí miraba a los barcos acercarse. Un día quise tocar el tambor de la orquesta instalada en la palapa. Mi padre les pidió un tambor para mí. Era azul y yo tenía cuatro años.

Cuando batí las baquetas contra el tambor, la sonrisa de los músicos atestiguó el amorfo sonido. Supe entonces que pocos serían los momentos armónicos reservados para mí, pero también llegó el aviso de que mi viaje había comenzado.

Años más tarde, cuando buscaba un viejo cuaderno de apuntes me encontré con las páginas sueltas de un libro olvidado mucho tiempo atrás, nada extraordinario, salvo las líneas manuscritas en el borde: “Los hombres saben que la soledad es nuestra madre, las bestias saben de su secreta misión”. No recuerdo haberlas escrito, pero indudablemente aquellos garabatos eran míos. Eso me demostró que un tejido misterioso se oculta en nuestro pensamiento y me reveló los principios de una vida extraña.

Entiendo ahora que la muerte es todo lo que el cuerpo y el pensamiento guardan, y la inocencia y la perversidad ocurren sin proponérselo. El orden de las cosas de este mundo carece de un sentido justo. Por eso hay que descarnarlo, cambiar el rumbo que esa brújula llamada destino nos impone.

Si recuerdo el momento exacto del primer beso, de la primera posesión, desfallezco. Porque tal vez no duela la ausencia sino el tiempo evaporado, sin más, justo después del movimiento. A menudo me pregunto a dónde se va ese tiempo con sus voces y sus silencios. Y es allí cuando los momentos felices y las amargas dejan una sed no colmada por el tiempo apenas recibido. Por eso el amor inventa circunstancias para ser amor, inventa secretos que derivan de viejos secretos, y nos hace soñar cuando el sueño ha desaparecido de nuestras vidas. ◇